

MARCIANO ZURITA

---

# LA MUSA CAMPESINA

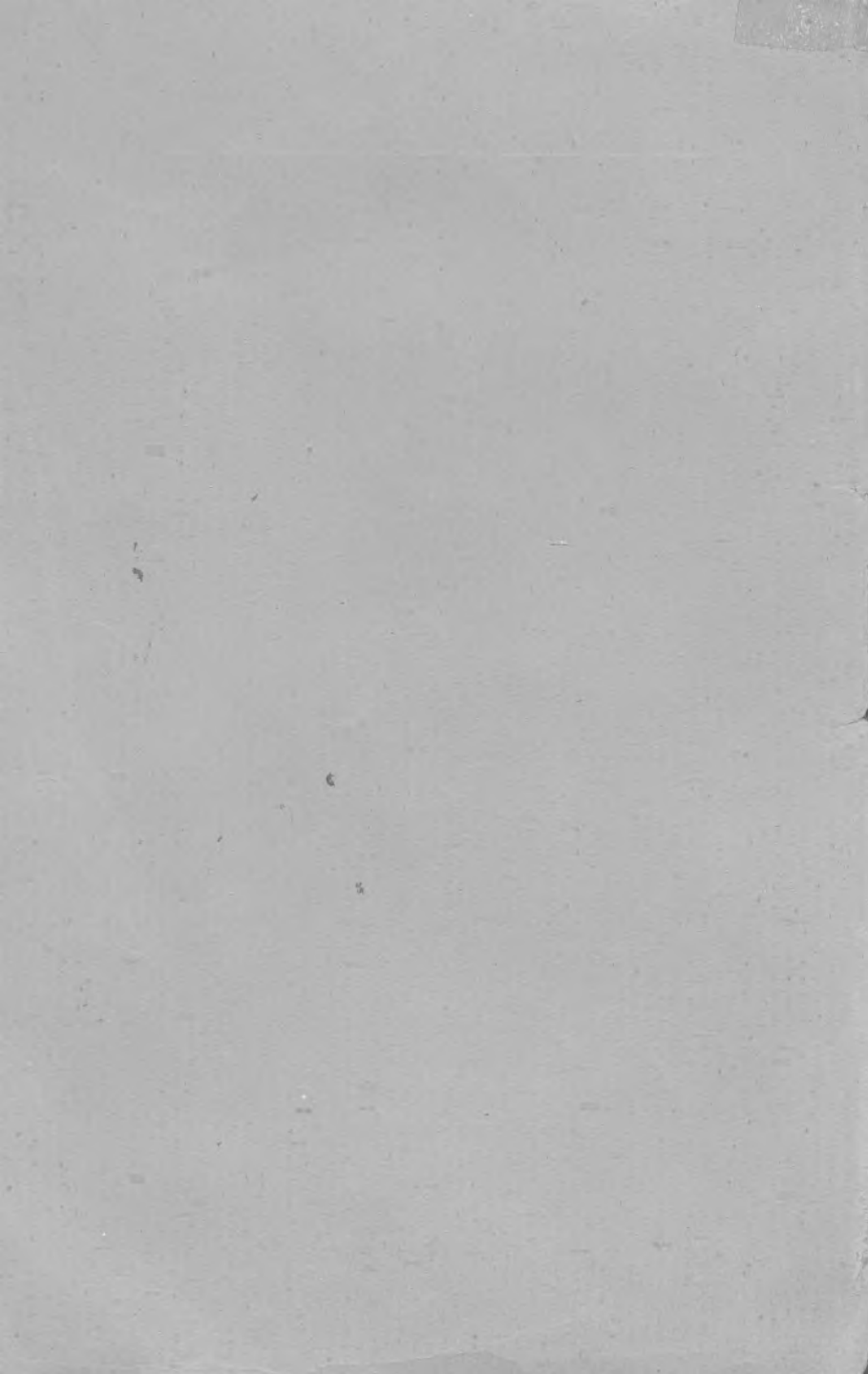
(POESIAS)



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

*Puerta del Sol, n.º 15*



MARCIANO ZURITA

# LA MUSA CAMPESINA

(POESIAS)



*Para Statia, mi conyuge y  
amigo mis querid, con  
un abrazo  
Marciano Zurita*

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Puerta del Sol, n.º 15

*Madrid 11-1-914.*

C. 1157174

T. 122643



R. 93588

# DEDICATORIA

---

AL EXCMO. SR. D. VÍCTOR DULCE Y DE ANTÓN, CONDE DE GARAY, SENADOR DEL REINO:

*Yo también debo decir como el escritor á quien más profundamente admiro y respeto, que en fé del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, he decidido de sacar á luz LA MUSA CAMPESINA al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia; y si Cervantes, al ofrecer su inmortal Quijote al Duque de Osuna, amparóse en la benevolencia de éste, ¿qué no haré yo, sino fiarme de vuestra bondad, al poner en vuestras manos mi libro?*

*Yo suplico á Vuestra Excelencia que acepte la dedicatoria de LA MUSA CAMPESINA, viendo en ella una prueba de cariño por vuestra bondad inagotable, de admiración á vuestros méritos altísimos y de respeto y gratitud por la inmerecida protección que siempre me habeis dispensado.*

*Marciano Zurita*

Madrid, 1.º de Octubre de 1913.



# EGLOGA







## EGLOGA

Al volver el pastor á su majada,  
vió la puerta cerrada,  
y lejos, sobre el campo, á la doncella  
dulcemente acostada...

Era la noche perfumada y bella  
y era la moza bella y perfumada...

La del viejo pastor alma sencilla  
asomóse á los labios sonriente  
como rumor de suave tonadilla  
cantada por un pájaro á una fuente,  
y el cefirillo blando,  
que ágil, de flor en flor, llegó corriendo,  
halló al pastor cantando  
y á la moza dulcísima durmiendo.

Alegre como el niño de la aljaba,  
se acercó el cefirillo adonde estaba  
dormida la doncella,  
y viéndola tan bella,  
con la ánsia que á libar, la miel provoca,

sobre la virgen se inclinó travieso,  
cerró los ojos, se limpió la boca,  
y temblando de amores, la dió un beso...

La niña despertó sobresaltada  
y al encontrar sus ojos la mirada  
de su padre, que cerca sonreía,  
deseos de llorar sintió en los ojos  
y sintió que en su frente se encendía  
la inmaculada flor de los sonrojos,  
y acercando al pastor la de rocío  
húmeda boca, que al hablar temblaba,  
dijole así:—¡Qué susto, padre míol  
Dormía entre las rosas, y soñaba  
que un zagal jovencillo me besaba...

OTOÑAL



## OTOÑAL

### SONETO

Llegó el mozo á la linde de la viña,  
y al murmurar su rústica balada,  
una blanca paloma huyó asustada  
y ruborosa se escondió una niña.

Hora aquella sin luz y sin colores,  
refugio de silencios y de aromas,  
cuando se juntan niñas y palomas,  
no suenan bien los cánticos de amores...

El pobre mozo, de robusto pecho  
fuerte al dolor y á la ternura blando  
y recio como el alma de la estepa,  
derramó su mirar por el barbecho  
y se inclinó después, casi llorando,  
sobre las verdes hojas de una cepa...



# HABLAN LOS VIEJOS





## HABLAN LOS VIEJOS

—¿Pa qué vamos á dir, hijo mío,  
pa qué vamos á dir á la feria...?  
¿Pa gastar sin provecho denguno  
lo que tanto trabajo nus cuesta?  
¿Pa sufrir, viendo que otros se ríen  
y aumentarnos con ello las penas?  
¿Pa sentir envidia?  
¿Pa pasar vergüenza?  
¿Pa encontrar muchas caras alegres  
y que sólo estén tristes las nuestras?  
¿Pa que los ricachos  
que á las gentes de pueblo disprecian,  
nus disprecien tamién á nusotros  
y se burlen de nuestra pobreza?  
¿Pa que las señoras, al vernos, se aparten,  
creyendo que vamos á manchar sus sedas  
con los cuerpos nuestros,  
con las ropas nuestras...?  
¿Pa sentir envidia?  
¿Pa pasar vergüenza?  
¿Pa qué vamos á dir, hijo mío,  
pa qué vamos á dir á la feria...?

---

Tú ya sabes que el año fué malo;  
tú ya sabes que fué la cosecha  
de las que á un labrador le acoquinan,  
le angustian, le aprietan.

Tú ya sabes que semos bien pobres;  
tú ya sabes que el hambre no espera  
y que llama á una puerta mu pronto  
y que tarde, mu tarde se aleja...

Fíjate, hijo mío,  
que entre impuestos, trebutos y rentas,  
pagamos al año  
más de mil pesetas  
y que muchas veces, pa poder pagarlas,  
vendí los aperos ú vendí una tierra...

Tú no sabes toavía, hijo mío,  
lo que son pa el labriego las deudas:  
tóo el mundo le pide,  
tóo el mundo le estrecha;  
á naide le importa  
que tenga ú no tenga;  
naide le pregunta  
si cogió ú no cogió la cosecha,  
ni si ha sío mala  
ú si ha sío gūena...

¡El lo tié que pagar! ¡No hay rimedio!  
¡Y él lo paga, que pueda ú no pueda...!  
Y al que tié que pagar y no puede  
y busca y no encuentra  
y se rompe la crisma pensando,  
se le pone un dolor de cabeza,  
se le mete un frío por drento del cuerpo

y un calor se le sale por fuera,  
que paice talmente como si la sangre  
se helase en las venas;  
y como si toa subiese á la cara,  
la cara se pone como una cereza  
y los ojos primero echan chispas  
y dimpués muchas lágrimas echan...  
¡Tú no sabes toavía, hijo mío,  
lo que son pa el labriego las deudas!

—

Pero ya lo sabrás ¡y mu pronto  
tal vez que lo sepas!  
Y cuando lo sepas, ya no tendrás ganas  
de gastarte los cuartos en juergas,  
y si un hijo tuyo  
te pregunta porqué no le llevas  
á la feria, dirás: "Hijo mío,  
¿pa qué vamos á dir á la feria?  
¿Pa gastar sin provecho denguno  
lo que tanto trabajo nus cuesta?  
¿Pa sufrir, viendo que otros se ríen  
y aumentarnos con ello las penas?  
¿Pa sentir envidia?  
¿Pa pasar vergüenza?  
¿Pa qué vamos á dir, hijo mío,  
pa qué vamos á dir á la feria...?"



LA BALADA DE  
LA NOCHE TRISTE



## LA BALADA DE LA NOCHE TRISTE

No recuerda el pastor de la Cañada,  
noche más cruda que la noche aquella...  
Tan grande fué, tan grande la nevada,  
que su pobre majada  
parecía una rústica doncella  
en su lecho de muerte reclínada.

Al calor de la trébede acogidos,  
el pastor y el zagal, mudos de espanto,  
eran, más que dos hombres,  
dos lobos en el monte guarecidos,  
y la nieve entre tanto,  
silenciosa caía  
y todo lo cubría con su manto  
y al caer, parecía  
ser un beso de amor, divino, santo,  
que del cielo á una hostia descendía...

En el establo, juntas,  
las bestias de rebaños y de yuntas,  
agrupando el aliento y el berrido,  
alzaban un rumor de mansedumbre,  
al ventear el humo desprendido  
de la de su pastor cercana lumbre,

y balaba el cordero con tristeza  
y relinchaba sin cesar la jaca  
y estrujaba el novillo su cabeza  
contra el regazo de la madre vaca...

Y fué en aquella noche, que los viejos  
campesinos recuerdan asustados,  
cuando el hosco pastor sintió no lejos  
de su mísera choza,  
vagidos apagados  
como de niño enfermo que solloza,  
y saliendo á los campos presuroso,  
con ese afán piadoso  
que en corazón de viejo sin cariño  
llorar de niño mueve,  
halló sobre la nieve,  
el cuerpo helado de un hermoso niño.

Llevóselo el pastor á la majada  
y echándole el aliento en la carita,  
le colocó en la trébede... ¡Empapada  
tenía el pobre niño la ropita...!

“¡Trai más leña, zagall!”—exclamó el viejo—  
y su desarrapado zagalejo,  
sin dar respuesta, le miró á la cara,  
como queriendo hablarle con los ojos  
y decir, sin que el niño se enterara:  
“¿Cómo la hi de traer, si no hay manojos...?”



MADRIGAL



## MADRIGAL

Estaba Filomena junto al río,  
llorando, sin consuelo,  
y venían las gotas de rocío  
á morir en el oro de su pelo.  
Una, más atrevida,  
resbaló por la frente de la bella,  
y sin dejar en su amorosa huida  
la de su paso fulgurante huella,  
cayó en los ojos de la niña tristes  
y como nueva lágrima, rodando  
llegó á la boca, y dulce,  
los dientes de marfil besó, jugando.  
Cuando la hermosa pretendió beberla,  
era en vez de una lágrima, una perla...  
Y díz que Filomena al otro día,  
un diente más, blanquísimo, tenía...



IMPRESION



## IMPRESIÓN

Las mozas bailaban al són del pandero,  
y acaso azorados, acaso perplejos,  
los mozos miraban sus cuerpos esbeltos  
con afán...

De muy buena gana, bailarían ellos,  
pero como estaban con los trajes viejos  
y eran encogidos y cortos de génio,  
claro está...

Era muy pequeña la plaza del pueblo;  
mejor dicho, en éste todo era pequeño:  
la iglesia, las casas y el Ayuntamiento,  
todo en fín;

Y aunque era pequeña, sobraba terreno,  
pues fuera del corro, había un paseo,  
por donde solían el cura y el médico  
discurrir.

Al lado del baile, sentado, el maestro  
refería cuentos á los rapazuelos  
y éstos escuchaban con mucho silencio  
y atención,

todas las leyendas y todos los cuentos,  
y se revolvían alegres é inquietos,  
cuando comenzaba la historia, diciendo:  
"Pues, señor..."





# LA ETERNA HISTORIA



## LA ETERNA HISTORIA

—¡Dos años de ausencia! ¡Dos años sin verte!  
Dos años que estuve tan lejos, tan lejos,  
que ya me paecía que cuando golviera,  
no hallaría á naide, ¡no habría ni pueblo...!  
¡Si tú viás, muchacha, lo que yo hi sufrío  
allá en la Argentina...! Pa poder saberlo,  
tuviás que pasarlo como yo, y entonces  
verías, verías lo que es sufrimiento...  
Más de tres semanas metío en un barco,  
sin comer apenas, rendío y enfermo;  
                  en una pocilga  
aonde yo calculo que íbamos quinientos,  
                  sin otras ventanas  
                  que unos abujeros,  
                  que estaban mu sucios  
                  y eran mu pequeños  
y por los que tóos, llorando unas veces,  
callaos otras muchas y siempre sufriendo,  
pasemos los días mirando las aguas  
y las noches tristes mirando á los cielos...  
                  Cuando vimos tierra,  
excuso el dicirte que se nus cayeron  
                  unos lagrimones,

que por lo guresos  
paicían garbanzos  
y por lo calientes paicían de fuego...  
La tierra era hermosa—¿porqué no decirlo?—  
Tóo estaba mu verde, como aquí el otero,  
tóo estaba frondoso, como aquí la selva,  
tóo estaba florido, como aquí los huertos...  
¡Y á mí, sin embargo,  
me paició el desierto!  
¡Cuánto hubiá yo dao por ver estos valles,  
por ver estas eras, por ver este pueblo,  
por ver á mi madre, por ver á vusotros,  
por no ver aquello...!  
Allí el aire no tié los aromas  
que tié aquí cuando baja del cerro  
y nus trai el olor del tomillo  
y nus trai el olor del romero;  
allí no hay pastores, como aquí, que canten,  
allí no hay zagales, como aquí, traviesos,  
que conozgan á tóas las ovejas  
y acaricien á tóos los corderos;  
allí no hay gurriones y no hay jilguerillos,  
allí no se escucha jamás un gorjeo,  
allí las cebadas no tién amapolas,  
allí los arroyos no pasan riendo,  
allí por el día no hay tantos colores,  
allí por la noche no hay tantos luceros...  
¡Y pensar que allí he estao yo dos años!  
¡Y pensar que entre tóo ese tiempo,  
trabajando lo mismo que un burro,  
trabajando lo mismo que un negro,

no hí ahurrao siquiera  
cién ú doscién pesos,  
pa comprar otra vez la cebada  
y comprar otra vez el majuelo,  
que por unas coehinas pesetas  
nus robó Don José el usurero...!  
Pero ya estoy aquí y ya no sufro;  
pero ya estoy aquí y ya me alegro.  
¡Ya no tengo penas!  
¡Ya estoy mu contento...!

...Y ahura que arreglo: tú has creció mucho,  
¡seis dedos lo menos!  
¡Miá que es cosa rara!  
¡Miá que tié salero!  
Mientras yo me alejé dos mil leguas  
de este hermoso cielo,  
tú has querío enseñarmi á quererle  
y á él ti has acercao, bribona, seis dedos...!



# LA SANJUANADA





## LA SANJUANADA

### I

Prendido el sol en las azules blondas  
del cielo diafanado,  
iluminó el ropaje de las frondas  
y el fecundo collado,  
donde corcovan las barbadas chivas,  
que amurcan, fugitivas,  
al barruntar los pasos de los perros,  
sonando sus monótonos cencerros.  
Igníferas, sus testas rutilaban  
y brillando, al saltar, los cornicoles,  
parecían las cabras que pastaban,  
rubias guedejas de lucientes soles,  
errátiles favilas  
dibujando con rojos arreboles  
la danza pastoril de las esquilas.  
Pipiaban en el aire los vencejos,  
exóticos cantares preludiando,  
y cual lluvia de brasas y reflejos,  
cruzaban las abejas rezongando,  
mientras allá, á lo lejos,  
sobre el césped de orégano y tomillo,  
sentado, un zagalillo  
eleva de sus cuitas la balada,  
con el torpe decir de una tonada  
y al eclógico son de un caramillo...

## II

«El que no quiso á una ingrata,  
no sabe lo que es sufrir.  
¡Yo que la hí querío tanto,  
qué prontico lo aprendí!»

*(Cantar popular)*

Es Manuela la mozuela  
más linda de Torrejón  
y no hay mozo en la aldehuela,  
que no sienta por Manuela  
palpitar su corazón.

Nunca diez y siete abriles  
tuvieron gracias mayores  
que sus gracias juveniles,  
entusiasmo de motriles  
y admiración de pastores.

Es fuerte como la encina  
y rubia como amapola  
de la seca paradina;  
tosca, por ser campesina,  
bella, por ser española,  
y en su amoroso ideal  
otros anhelos no abarca,  
que el cariño de Pascual,  
el más apuesto zagal  
de toda aquella comarca.

Ella le ama y él la adora  
con la fiebre arrobadora  
de su sencillo candor,  
y así es feliz el pastor  
y feliz es la pastora,

y ambos su dicha nubil  
van cantando alegremente,  
de la boyera al cubil  
y del granero al redil  
y del trigal á la fuente.

Por eso, la aldea toda  
ha dado ya en murmurar  
que un año no ha de pasar,  
sin que repiquen á boda  
las campanas del lugar.

## III

«Me dispicias por ser probe  
y ya lo ves, no me apuro.  
Vale más mi corazón  
que tóo el dinero del mundo.»

*(Cantar popular)*

—Tengo que dicirte, Pascual, una cosa,  
si es que no te infadas.  
Me pai que tu novia no es muy formalica;  
¡me pai que te engaña!  
Me pai que el disprecio que t'hizo el domingo  
en mitá del baile,

fué por que la moza se ha echao otro novio;  
lo supe ayer tarde.

Es un señorito venido de afuera  
con mucho dinero,  
y sigún se mermura, se casan  
llegando el invierno...

Pero, Pascualillo, ¿por qué gimes tánto?  
¿por qué lloriqueas?

¡Pos miá tú que no hay chicas tan guapas  
como la Manuela...!

Miá, zagal, no siás bobo, no sufras.  
¡Tíes que ser más fuerte!

¿Qué dirán, si en el pueblo se enteran?  
¿Qué dirá la gente...?

Si tú la querías, otros la han querido  
y no han gimoteao.

¡Echate otra novia y olvida á esa ingrata,  
que no vale un cuarto!

Si te aruña en el alma el recuerdo  
de tu antigua novia,  
no hagas caso; la dejas y ¡pata!  
¡La cambias por otra!

Es igual que si un chivo se muere,  
pues ¿vas á llorarle?

No, señor; compras otro ensegúia  
y asunto acabao...

Conque mira, galán, esta noche,  
que es la Sanjuanada,  
te viés con nusotros á ver las hogueras  
y á oír la dulzaina,

y aluego pondremos unos arbolicos  
en medio é la calle,  
pa que las mozuelas más guapas del pueblo  
vayan á bailarles...  
Anda, no suspires, Pascual. ¡Páices bobo!  
Deja al señorito  
que se lleve á la moza si quiere  
y hazte el distraido...  
...¿Cómo? ¿Que la matas?... ¡Bonito negocio!  
¿Y así lo rimedias?  
¡Echate otra novial ¡Miá tú que no hay pocas  
como la Manuela!

## IV

«¡A correr el trébole  
la noche de San Juan!  
¡A correr el trébole  
los mis amores van!»

*(Cantar popular.)*

Han sonado ya las nueve  
en el reloj de la iglesia  
y la noche por el pueblo  
va extendiendo sus tinieblas.  
Ya há tiempo que regresaron  
á las majadas las bestias,  
cansinas por los ardores

del quemazón de la sierra,  
y en el verde pasturaje,  
su greguería no elevan  
el sonido de las zumbas  
y el balar de las ovejas,  
el mujir de los eriales  
y el triscar de las terneras...  
Ya no se escucha el alegre  
vibrar de la pastorela  
que la georgia del valle  
con labios trémulos besa;  
ya no chillan los gorriones,  
ni crotoran las cigüeñas,  
ni las abejas rezongan,  
ni cantan las oropéndolas  
ni, sepulta entre las mieses,  
la cigarra carraspea.  
Ya está en brazos de Favonio  
dormitando la pradera;  
ya los grenchudos cabritos  
en el redil majadean;  
ya los récios oredanos  
corcovan en las pajeras;  
ya las borras en las cuadras,  
perezosas, ijadean,  
y ya las vacas esconden  
entre la panza la testa,  
relamiendo á los añojos  
que de las ubres se cuelgan...  
Todo es calma en los apriscos  
y algarabía en la aldea;

están pobladas las calles  
de rumores de almadreñas,  
de gritos de alegres labios  
y risas de bocas frescas,  
de monótonas tonadas  
y rasgueos de vihuela.

En la plaza, se consumen  
crepitantes las hogueras  
y los fornidos labriegos  
saltando pasan por ellas,  
mientras los viejos pastores  
escancian en la taberna...

Las mozas han hecho corro  
y bailan que se las pelan,  
las jotas que vá chillando  
la dulzaina vocinglera...  
¡Qué guapas están las mozas,  
con su mantelo de jerga,  
su saya de percalina  
y su jubón de estameña!

—

Han sonado ya las once  
en el reloj de la iglesia,  
y va á concluir el baile  
y á terminar va la fiesta.  
Junto á la esquina que forman  
la plaza y una calleja,  
platicando alegremente  
con su novio, está Manuela,

lozana como ninguna  
y como ninguna bella.  
Sobre sus senos robustos  
se extiende la pañoleta,  
y por bajo de la falda,  
que ancho festón ribetea,  
se le ven las pantorrillas  
en la cárcel de las medias.  
Pascual, cerca de los novios,  
les persigue, les acecha,  
estudia sus movimientos  
y les mira, y les observa;  
de sus ojos caen las lágrimas  
y el gañán las bocadea,  
mezclando la hiel del llanto  
con las hieles de la pena,  
mientras hundida en la faja  
su robusta mano trémula,  
acaricia del cuchillo  
la resplandeciente lengua.

. . . . .

—Güenas noches.

—Güenas noches.

—¿Quiés que bailemos, Manuela?  
¡Por ser la última!

—¡No bailo!

—¿Es que el señor no te deja?...

—A tí nada te se importa;  
te dije que no golvieras  
á mi lao y...

—Ya me marchó,



pero te juro por estas,  
que te pesará; ¡á mí naide  
en el mundo me desprecia!  
Si tu corazón es de ese,  
no me importa que lo sea,  
pero tu honra es la de tóos,  
la mía, la de la aldea,  
y la honra de nuestro pueblo  
¿saben ustés lo que cuesta?  
¡Un hombre pa este cuchillo,  
un defunto pa la tierra,  
pa mí un presidio y pa tí  
muchas lágrimas, Manuela!  
Conque no vaigas á echar  
en olvido la advertencia:  
¡el que te manche, te lava  
con la sangre de sus venas...!  
Güenas noches, señorito.  
¡Que siás mu feliz, chicuela!

· · · · ·  
Ya se va cubriendo el cielo  
con tintes de violeta;  
ya en la albada se dibujan  
los perfiles de la sierra,  
y se dispersan las sombras  
y se ocultan las estrellas.  
Otra vez canta el gorrión  
en la paz de la arboleda  
y las cigüeñas crotoran  
y rezongan las abejas.  
Es músicas todo el campo  
y calma toda la aldea.

No están pobladas las calles  
de rumores de almadreñas,  
ni de gritos, ni de risas,  
ni de coplas ni de endechas;  
mas de pronto rasga el viento  
el sonar de una vihuela,  
y una voz de mercenario  
murmura potente, enérgica:

**«¡El que te manche, te lava  
con la sangre de sus venas!»**

PAISAJE DE UNA TARDE



## PAISAJE DE UNA TARDE

Canturrea un labriego  
su trova favorita,  
y sobre el ancho surco,  
un grillo, grigritante, grita.

---

La yunta, perezosa,  
se arrastra hácia la aldea,  
y trás los mansos bueyes,  
otro labriego canturrea.

---

Del monte descendiendo,  
ovejas y pastores  
con balidos y coplas  
recuerdan sus llorados amores.

---

En la cercana ermita,  
un esquilón voltea,  
y al voltear, parece  
que una plegaria canturrea.

---

Paisaje de la tarde:  
Angelus de la ermita,  
canción de los labriegos,  
grillo que, grigritante, grita...

MI CASTELLANA





## MI CASTELLANA

    Escribo estos versos  
    pensando en tus gracias,  
y ellos son del amor que me inspiras  
el himno glorioso, la excelsa plegaria.

    Les dió sus perfumes  
    tu boca de grana,  
la luz de tus ojos prestóles el fuego  
que brilla en tus hondas, serenas miradas,  
y al huir de mi pluma á tus labios,  
sin aromas, sin luz queda mi alma.

    Pregunta á los versos  
cuáles son mis penas, cuáles son mis ansias,  
cuáles mis ensueños y mis ilusiones  
y mis alegrías y mis esperanzas...

    Habrán de decirte  
que tú eres á un tiempo mi Musa y mi Amada,  
    que siento en la ausencia  
dolores intensos y horribles nostalgias,  
que tengo mi pecho preñado de amores  
y tengo mis ojos preñados de lágrimas;  
que voy por el mundo cantando una trova

de vida y de muerte, de fé y de esperanza;  
que soy el rapsoda de las cantinelas  
y las serenatas,  
el obscuro bardo  
que lleva en el alma  
los rubios destellos de los soles de oro,  
los rayos serenos de las lunas blancas;  
alegrías dulces  
y penas amargas,  
para tí las primeras reidas,  
para mí las segundas lloradas...

Diránte mis versos

un poema hermoso que abre en el mañana  
páginas sublimes de dicha, de gloria,  
de triunfo que empieza, de amor que no acaba;  
un idilio tierno de blandos suspiros  
y de risas francas,  
sazonado con tímidas frases  
y gratas querellas y dulces palabras...

Te dirán la vibrante armonía  
de egregias estrofas y egregios pentágramas  
que ha elevado mi lira bohemía,  
mi lira dorada,  
á la luz de los días tranquilos,  
al sedar de las noches en calma,  
al rugir de los bravos torrentes,  
al rodar de las limpias cascadas,  
al bosque frondoso,  
al céfiro, al aura,  
á las azucenas pintadas de blanco,  
á las amapolas teñidas de grana...

Te dirán que he llorado con risas,  
te dirán que he reído con lágrimas;  
que he evocado en mis hondos suspiros,  
aceradas tristezas del alma;  
que en las noches pobladas de lutos  
y en los días de intensas borrascas,  
ha surgido, elocuente y bravía,  
la robusta cadencia del arpa,  
como nota de hierro que surge  
de la voz inmortal de una raza.

Te dirán que pulsando mi plectro,  
he buceado en el mar de las almas  
y en las misteriosas ojeras del lirio  
y en la albura mate de la nieve blanca,  
sin que me ofreciese la Naturaleza  
nada de atrayente, de adorable nada...

Sólo tú, Castellana divina,  
me diste del Arte las copas sagradas,  
y bebiendo mis labios en ellas,

he libado el agua  
de las emociones del Amor sublime,  
de las alegrías, de las esperanzas.

Tú, que eres á un tiempo  
mi Musa y mi Amada,  
la de los ojuelos de color de gloria  
y frente de nácar;  
tú, que eres la estrella  
que los derroteros del mundo me marca;  
tú, que con laureles y mirtos coronas  
mi frente, de penas y sombras cargada;  
tú, que eres el fuego

que alimenta en mi pecho la llama  
de la idolatría con que rindo al Arte  
la mirra de un verso, que es mirra del alma;  
tú, que eres el eco de mis oraciones,  
de mis fervorosas, íntimas plegarias;  
    tú, para quien sólo  
    tengo dos palabras:  
*Amor*, que la dicen los hombres que sueñan;  
*Gloria*, que la dicen los hombres que cantan...

PASTORELA



## PASTORELA

Ven á mi cabaña,  
pastora hechicera;  
ven, que ya la noche  
con sus sombras llega,  
y hace mucho frío  
y es grande la niebla.

Recoge tus cabras  
y vamos apriesa  
al cálido albergue,  
que ya nos espera  
con gratos manjares  
mi rústica cena:  
nada de guisotes,  
nada de chuletas;  
con una cuajada  
de leche de oveja  
y un poco de torta  
de miel y manteca,  
matamos el hambre,  
y ahogamos las penas  
con aquel vinillo  
que tanto te alegra...

Vamos, vamos pronto,  
que la noche cierra  
y luego es difícil  
encontrar la senda...

¿Juntaste las cabras?...  
¡Pues anda ligeral  
Toma mi cayado  
y así irás más presta,  
porque aunque conoces  
muy bien las veredas,  
en noche sin luna  
cualquiera tropieza...  
¡No hay pocos guijarros  
en la carretera!...

Anima, zagala;  
no dúdes, no temas,  
que tu pastorcillo  
camina á tu vera,  
y él es quien te guarda  
y él es quien te vela...

¡Qué frío tan grande!  
¡Qué noche! ¡Qué niebla!

No se ve el camino,  
ni se ven las sendas;  
pero no te apures,  
zagala hechicera,  
que ya de la choza  
nos hallamos cerca.  
¡Mira los sarmientos  
que forman la hoguera



cómo se retuercen  
y chisporrotean!

Vamos, vamos pronto,  
que ya nos espera  
con gratos manjares  
mi rústica cena...

¡Qué frío tan grande!  
¡Qué noche! ¡Qué niebla!



DE LA VENDIMIA



## DE LA VENDIMIA

Tornaban los alegres vendimiadores  
por el ancho camino de la Portilla,  
y saltaba en los aires, oliendo á flores,  
una risueña copla, dulce y sencilla.

Bastante separados de la cuadrilla,  
caminaban despacio Juan y Dolores,  
y en sus labios saltaba la tonadilla  
con un cálido y rojo brinco de amores.

Cesaron un momento los alborozos;  
se unieron con misterio mozas y mozos,  
y el capataz, un hombre fornido y viejo,  
tomando dos racimos de su aguadera,  
dijo con la sonrisa más placentera:

“¿Querís que lus hagamos un lagarejo...?”



# LA MUSA CAMPESINA





## LA MUSA CAMPESINA

Una de Agosto  
cálida tarde,  
cuando á los campos  
bajan las aves,  
cuando las flores  
cierran sus cálices,  
cuando las brisas  
son más fragantes,  
cuando las aguas  
son más süaves,  
cuando los cielos  
son más brillantes;  
una de Agosto  
cálida tarde,  
jugaba Filis  
en la pradera con los zagales.

---

Era la moza  
rubia y delgada  
como los rayos  
que teje el alba

cuando se asoma  
por las montañas,  
como las mieles  
en que se afana  
la dulce abeja,  
como las parvas,  
como la espiga  
de la cebada;  
era la moza  
Filis tan blanca,  
como la nieve,  
como la luna, como la nata.

—

Jugaba Filis  
en la pradera  
con los zagales,  
con las ovejas,  
y como aquéllos  
tiraba piedras  
y se sentaba  
sobre la hierba  
y hacía ramos  
de violetas  
para la Virgen  
de las Doncellas;  
jugaba Filis  
en la pradera,  
con los zagales,  
con los pastores, con las ovejas.

—

---

Cuando la noche  
tendió su manto,  
los zagalillos,  
trás de los hatos,  
hacia la aldea  
se encaminaron  
y ni uno solo  
quedó en el prado,  
ni en las majadas,  
ni en los ribazos,  
ni en los senderos  
ni en los atajos...  
Cuando la noche  
tendió su manto,  
la niña Filis,  
en la pradera, quedó llorando...



AMOROSA



## AMOROSA

—Madre, ¿por qué dice Tásio  
que se va á morir? ¿Por qué?  
¿Por qué dice que está triste?  
—No lo sé.

—Madre, ¿por qué vino anoche  
casi llorando? ¿Por qué?  
¿Por qué se marchó tan pronto?  
—No lo sé.

—Madre, ¿por qué no trabaja  
como antes Tásio? ¿Por qué?  
¿Por qué no va con los bueyes?  
—No lo sé.

—Madre, ¿por qué ha dejao Tásio  
su viña á Juanón? ¿Por qué?  
¿Por qué no quié cultivarla?  
—No lo sé.

—Madre, ¿por qué anda diciendo  
que yo le mato? ¿Por qué?  
¿Por qué á mí no me lo dice?  
—No lo sé.

—Madre, ¿por qué esta mañana  
me siguió Tásio? ¿Por qué?  
¿Por qué fué también al río?

—No lo sé.

—Madre, ¿por qué dijo luego  
que soy mu guapa? ¿Por qué?  
¿Por qué le páizco tan guapa?

—No lo sé.

—Madre, ¿por qué también dijo  
que soy mu güena? ¿Por qué?  
¿Por qué le páizco yo güena?

—No lo sé.

—Madre, ¿por qué estaba alegre  
cuando me hablaba? ¿Por qué...?  
¿Será que me quiere Tásio?

—Hija mía, no lo sé.

—

—Hija mía, ¿por qué lloran  
tus negros ojos? ¿Por qué?  
¿Por qué suspiran tus labios?

—No lo sé.

—Hija mía, ¿por qué dices  
que vas á morir? ¿Por qué?  
¿Por qué te quedas tan flaca?

—No lo sé.

—Hija mía, ¿por qué al río  
no vas como antes? ¿Por qué?  
¿Por qué te cansa el trabajo?

—No lo sé.



—Hija mía, ¿por qué Tásio  
no vié á casa ya? ¿Por qué?  
¿Por qué te vé y no te mira?

—No lo sé.

—Hija mía, ¿por qué quieres  
irte del pueblo? ¿Por qué?  
¿Por qué no sales de casa?

—No lo sé.

—Hija mía, ¿por qué dices  
que venda el lagar? ¿Por qué?  
¿Es que no te quiere Tásio?

—Madre mía, no lo sé.



# LEYENDA CAMPESINA



## LEYENDA CAMPESINA

### I

Refieren los pastores castellanos  
que del Pisuerga undoso en la ribera,  
al nacer Carmencita la zagala,  
brotó, nítida y pura, una azucena,  
y añaden que en las plácidas llanuras  
de la abrasada palentina tierra,  
desde que flor y zagalita abrieron  
al beso de la luz sus frentes bellas,  
hubo más alegría

y más verde color en las praderas  
y más oro en el manto que los trigos  
tejen con hilos de enceradas hebras  
y más gratos rumores de dulzaina  
en las rústicas chozas y en las eras  
y más hondo murmurio en las del río  
suaves canciones del cristal poeta.

Cuando tejió la hermosa Carmencita  
el ramo de sus quince primaveras,  
quiso un día mirar su lindo rostro  
en el diáfano espejo del Pisuerga,  
y en el redil dejando recogidas  
sus mansas ovejuelas,

corrió gozosa por los frescos prados  
y descendió saltando á la ribera.

Allí la flor estaba, allí la niña  
sus lindas hojas vió, de nácar hechas,  
y llevando á la boca sus deditos,  
escogió un beso y lo arrojó sobre ellas.

Fueron ya siempre amigas  
la flor y la doncella,  
y todas las mañanas,  
bajaba Carmencita á la ribera  
y ponía en los pétalos de nieve  
sus labios de cereza,  
y así creciendo fueron,  
cada día más bellas,  
como joyas hermanas,  
la pastora gentil y la azucena...

## II

Una tarde estival, cuando la lumbre  
del sol moría en la lejana sierra,

bajaba Carmencita  
llevando sus ovejas,  
de los jugosos prados  
á la lejana aldea,

y al lado de una fuente cristalina  
que brota rumorosa de una peña,

halló al de los Lagares  
mozo cantando pastoril endecha.

Risueño el mozo contempló á la moza  
y la moza detúvose risueña,

y así charlaron ambos  
bajo el rumor de la fontana aquella:  
—Bien pudiás tú llevar á los Lagares  
el hato, á que paciera.  
—Eso me pilla lejos  
y le llevo al Fresnal, que está más cerca.  
—Bien estuviá el mastín de mis majadas  
defendiendo en el campo á tus ovejas.  
—No hay en el monte lobos  
que res alguna descarriarme puedan  
—Bien pudiás tú dejarlas por la noche  
en mi redíl, que naide las cogiera.  
—Las llevo al mío, por que ya es costumbre  
que de ir allí tién ellas.  
—Bien pudiá yo decirte una cosica  
que es mu dulce y mu güena.  
—Pos dímelá, que ascucho,  
pero pronto ha di ser, porque me esperan.  
—Pos ámonos andandò y te la digo,  
que así parao, me da mucha vergüenza...  
Y por la calzadilla se alejaron  
el mozo y la doncella,  
trás del hato gentil, en un coloquio  
más dulce que el panal de una colmena...

## III

Cuando en las redes del amor, la niña  
hallóse un día envuelta,  
olvidando los besos  
de su fiel amiguita la azucena,  
ya no volvió á cruzar los frescos prados

por descender gozosa á la ribera,  
y dicen que la flor estaba triste,  
tan triste como Carmen satisfecha,  
y ambas al par fragantes  
y ambas á un tiempo bellas;  
pero mientras la moza  
sólo en su amor pensaba, la azucena  
á las líquidas perlas del rocío  
unía de sus lágrimas las perlas;  
y refieren también los castellanos  
pastores viejos, cuando el hecho cuentan,  
que jamás la monótona llanura  
de la abrasada palentina tierra  
vió flor más florecida  
ni moza más mocera,  
que la flor y la moza  
nacidas en la margen del Pisuerga.

## IV

Y una noche romántica de Junio,  
Carmen llevó sus mansas ovejuelas  
al plácido redil de los Lagares  
y durmió allí con ellas,  
y por la mañanita,  
cuando la aurora se asomó á la sierra  
y apagaron sus rayos tembladores  
los gusanos de luz de las estrellas,  
un zagal, junto al río  
segó el tallo gentil de la azucena,  
y vió en la nieve de sus blancas hojas  
una mancha sangrienta...



SERMÓN PERDIDO



## SERMÓN PERDIDO

Soy viejo, y si mis consejos  
no tién ni pizca de cencia,  
tién en cambio la experencia;  
que es el saber de los viejos.

¿Te cansan, Encarnación,  
mis pláticas y sermones  
y en escucharlos no pones  
una miaja de atención?

No me extraña; yo á tus años,  
lo mesmo que haces hacía,  
y como tú, me reía  
de los consejos extraños.

Cuando alguno riprender  
mis locuras intentaba,  
yo, Encarnación, li escuchaba  
como quien oye llover,  
y ni el párraco logró  
convencerme, lo confieso...  
¡No hubo un mozo tan travieso  
ni tan bruto como yo...!

Muchacha que conocí,  
muchacha que cortejé,  
y á todas ellas juré  
lo que yo enjamás sentí...

En fin, que mi mocedad  
llenó al pueblo de inquietú,

porque no hubo juventú  
con menos formalidá.

Pero aluego, Encarnación,  
con la experencia y los años,  
vinon muchos desengaños  
á aruñarme el corazón,  
y entonces pude aprícjar  
el valor de los consejos  
que quison darme los viejos  
y yo no quise escuchar...

—  
Pues bien, á lo que voy, niña:  
no te incomodes conmigo,  
que soy tu mejor amigo  
y te aprecio, aunque te riña,  
y atiende sin impacencia  
las palabras de mis labios,  
que los viejos son mu sabios  
porque hablan por experencia.

Ayer, cuando el sol caía  
y se anublaban los cielos,  
ibas tú por ios majuelos  
camino de la alquería,  
y cerca de tí, jadiante,  
un muchacho caminaba.  
Yo le oí que te llamaba  
azarao y suplicante,  
y tú, con mucha listeza,  
como aquel que no hace caso,  
acelirabas el paso...  
y volvías la cabeza.

Yo no te quité los ojos  
y con mirada mu terca,  
te seguí hasta verte cerca  
de los últimos rastros,  
quedando con intinción  
de cantarte hoy las verdades.  
¡Esas informalidades  
me infadan, Encarnación!

Tengo blanca la cabeza  
y el tiempo mi ha hecho aprender,  
que el amor en la mujer  
nunca acaba como empieza.

Primero muchos halagos  
y mucha zalamería,  
y un buchito de alegría  
pa que se lo beba á tragos;  
dispués, la pasión la aloca  
y el hombre, que es mu traidor,  
hablándola del amor,  
la pone el cebo en la boca,  
y en cuantis se lo ha comido,  
vuelve grupas y la deja...  
¡Y la mujer llega á vieja  
sin vergüenza y sin marido...!

Esto, si en ello riparas,  
verás que no es un secreto,  
y aunque digas que me meto  
en camisas de once varas,  
hi de rigañarte más,  
hasta hacerte comprender

que si se cái la mujer  
no se levanta enjamás.

Cada cual obra á su modo  
y como mejor le peta,  
pero á una chica coqueta  
la creo capaz de todo,  
y el fingir una alegría  
que no siente el corazón,  
suele ser, Encarnación,  
prueba de coquetería.

Conque abre mucho los ojos  
y que la Virgen ti guarde...  
pero no vaigas mu tarde  
á casa por los rastros.

Fíjate que las estrellas  
obran con mucha perfidia,  
por que se mueren de envidia  
cuando ven á las doncellas.

Miá que cuando dos amantes  
van de noche á los majuelos,  
suelen ponerse los cielos  
llenos de cuartos menguantes.

Miá que el amor á tus años  
siembra muchas desazones.

Miá que en tóos los corazones  
cabén tóos los desengaños.

Miá que... ¿pero ti has dormido?  
¡Maldita siá...! ¡Encarnación!  
¡No se dispierta...! ¡El sermón  
ha sido sermón perdido...!

ALMA RÚSTICA







## ALMA RÚSTICA

No se conoció en el valle  
de las Riberas del Fresno,  
mozo más noble y honrado  
que Pericón el de Lemos.

Nacido en la paradina  
y amozado en lo aguijeño,  
tenía la de los campos  
brava dureza en el pecho  
y era como ellos humilde  
y como ellos era récio,  
y estaba como ellos casto  
y estaba triste como ellos.

Nunca escuchó más campanas  
que la campana del pueblo,  
ni sendero vió que fuera  
de otros lugares sendero,  
ni comió de ajenas ollas,  
ni durmió en extrañio lecho,  
ni otros ojos le miraron  
que los que nacer le vieron  
ni más que los de su madre  
labios le ofrecieron besos.

Vieja era y pobre la casa  
de Pericón el de Lemos,  
pobre y vieja era su yunta,  
viejo era y pobre su huerto  
y viejo y pobre su campo  
y pobre su padre y viejo.

Ruinosa estaba la casa  
y estéril el campo y seco  
y estaba flaca la yunta  
y su padre estaba enfermo.

Pericón á la desgracia  
oponía fuerte el pecho,  
y él cuidaba de su trigo  
y podaba su majuelo,  
sin cansársele los brazos  
ni fatigársele el cuerpo,  
que jamás cuña de trillo  
fué inútil bajo su peso  
y jamás en el arado  
hincó su mano de hierro,  
sin que la acerada reja  
se fuese hundiendo en el suelo.

—  
Cuando llegó aquel Agosto,  
el anciano padre enfermo,  
como espiga de cebada  
se fué encorvando hácia el suelo,  
y á Pericón, una noche  
dijo, misterioso, el médico:

—Preciso es que el señor cura  
venga á confesarle, Pedro  
porque á su edad, los achaques  
son muy malos, te lo advierto...

A la mañana siguiente,  
fué Pericón el de Lemos  
á su viña, que distaba  
más de una legua del pueblo.

Estaba tranquilo el mozo  
y estaba el día sereno  
y dormíanse los valles  
y cantaban los labriegos...

Al pasar junto á las eras,  
habíanle dicho á Pedro:  
—¡Bien los sudores, Perico,  
bien empleos te salieron!  
Miá tu campo, miá tu parra,  
miá tu trigo y tu centeno...

Y Perico caminaba  
por la senda, satisfecho  
de ver los de su trabajo  
pobres frutos recogiendo,  
y el mozo echaba sus cuentas  
y forjaba sus proyectos:  
—Mi padre, antes de dos días,  
estará de fijo güeno.  
Yo, después de haber pagao  
las medicinas y al méico,  
tengo grano suficiente  
pa encopetar el granero,  
y si vendiese en la féria

el trigo á mediano precio,  
tendría de más y sobra  
pa sostenerme el invierno...

La campana de la iglesia  
dobló á agonía primero  
y enseguida, locamente,  
comenzó á tocar á fuego.

Pericón, de ambos tañidos  
oyó los lejanos ecos  
y temblando de zozobra,  
sus pasos volvió hácia el pueblo.  
Un misterioso presagio  
le acompañaba diciendo  
que estaba en su hogar la muerte  
y en su campo estaba el fuego,  
y el pobre mozo corría  
sin fuerzas ya, sin aliento,  
llena el alma de amargura,  
lleno de sudor el cuerpo...

Al pasar junto á las eras  
gritóle Bastián, de lejos:  
—No corras tanto, Perico;  
no corras, que ya no hay tiempo.  
¡El fuego está sofocao,  
pero tu padre se ha muerto...!

OFRENDA



## OFRENDA

No quisiera ofrendarte, como amor de su amor,  
este sencillo canto pastoril, el pastor.

Diera, para regalo de tus dulces oídos,  
muchísimos jilgueros, en muchísimos nidos;  
para cerrar tus ojos, traería los arrullos

de una blanca paloma,  
prendidos en los suaves, tempraneros capullos  
de las rosas de Marzo, que no tienen aroma,  
y para abrir tus labios, cogería los besos  
que dan sus tembladores corderillos traviesos.  
Para adornar tu frente serena de marfil,  
descolgaría un rayo de la luna de Abril,  
y á las rubias espigas de tus blondos cabellos,  
haría que llegasen, como níveos destellos,  
los gusanos de luz que en la noche estival  
brillan como una danza de gotas de cristal...

El sencillo pastor  
gustara de ofrendarte, como amor de su amor,  
un nido de jilguero,  
un beso de cordero,  
una luz y una flor.







# IDILIO

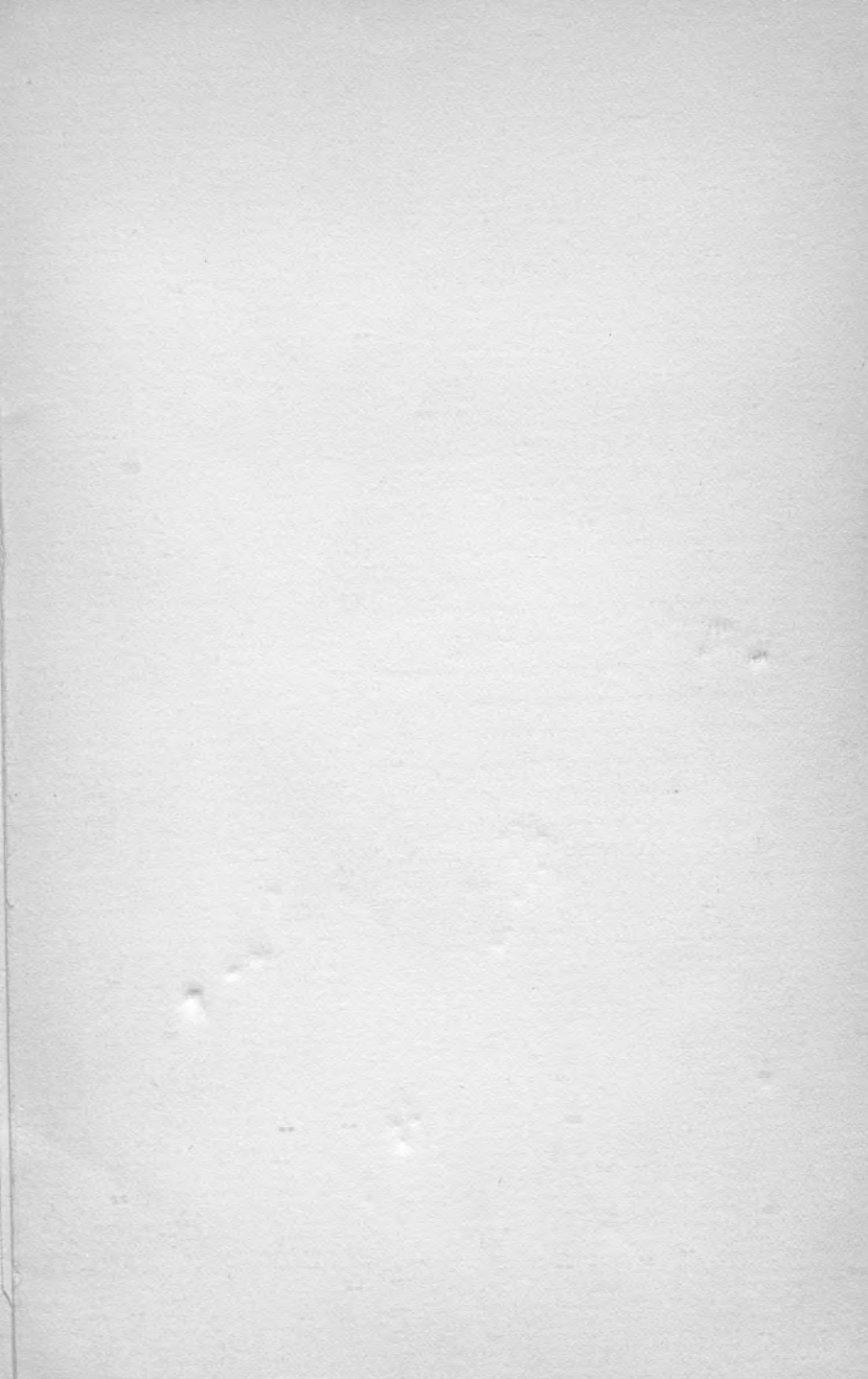


## IDILIO

Cabe la dulce fuente cristalina  
que salta de las peñas murmurando  
como un chorro de música, llorando  
está una rubia moza campesina.

Tiene en las manos una flor, y hiere  
sus finas hojas que impasible arroja  
al agua, preguntando á cada hoja  
con ansiedad: "¿Me quiere?... ¿No me quiere?..."

Pocas ya sobre el tallo las nevadas  
manos esperan, que en herirles gozo  
hallan, cuando se ve llegar por el sendero  
y recoger las hojas deshojadas,  
un alto mozo fuerte... Ríe el mozo  
y le dice á la moza: "Si; te quiero...."



## INDICE

---

	<u>Páginas</u>
Egloga. . . . .	3
Otoñal. . . . .	7
Hablan los viejos. . . . .	11
La Balada de la noche triste. . . . .	17
Madrigal. . . . .	21
Impresión. . . . .	25
La eterna Historia.. . . .	29
La Sanjuanada. . . . .	35
Paisaje de una tarde. . . . .	47
Mi Castellana.. . . .	51
Pastorela.. . . .	57
De la Vendimia. . . . .	63
La Musa Campesina. . . . .	67
Amorosa. . . . .	73
Leyenda Campesina. . . . .	79
Sermón perdido.. . . .	85
Alma rústica. . . . .	91
Ofrenda . . . . .	97
Idilio. . . . .	101

100 —

## OBRAS POÉTICAS DEL MISMO AUTOR

---

*El triunfo del silencio*, con prólogo de  
Mr. Delmás y epílogo de Ricardo J. Catarineu.

---

EN PREPARACIÓN

---

*De la ceca á la meca*, versos festivos.



## **PUNTOS DE VENTA**

---

MADRID.—Librería de Fernando Fé, Puerta del Sol, 15, y en casa del autor, Augusto Figueroa, 31 y 32 1.º, derecha.

BURGOS.—Librería de Rodríguez,  
Pasaje de San Juan, 11 del  
manario Gu.

PALENCIA.—Imprenta y librería de Abundio Z. Menéndez, Mayor principal, 70.

Y principales librerías de Madrid y provincias.



